

Este rito no necesitaría de una casta sacerdotal que sirviera de intermediarios con la divinidad, y sí existirían, por el contrario, unos “sacristanes” que se encargarían del cuidado del edificio (*Blázquez Martínez, 1975, p. 160*).

Entre las representaciones escultóricas destacan aquellas que adoptan una actitud oferente con un vaso entre las manos, ofrenda de “carácter individual, voluntario y permanente” (*Ruiz Bremón, 1989, p. 149*). Otra de las cuestiones que afectan a las figuras femeninas es aquella que se plantea la existencia de representaciones de la divinidad, detalle que se mantenía hasta fechas recientes (*Lucas Pellicer, 1981, p. 243*), relacionándolas con Deméter-Persefone, basándose en las pequeñas figuras entronizadas que apoyaban las manos en sus rodillas. Por el contrario se piensa que estas figurillas pudieran corresponder a ciertas damas principales de la sociedad ibérica, que tendrían el privilegio de presentarse sentadas ante la divinidad.

En lo que respecta a las estatuas de hombres, las que presentan una actitud oferente llevan la copa en la mano mientras que la otra se apoya en la espada que llevan. Otro grupo de figuras masculinas son las cabezas que presentan distintos tipos de peinados tales como los mechones de pelo en dirección hacia la frente, representándose el cabello en la mitad delantera de la cabeza; un modelo de peinado distinto es aquel que se representa en ciertas figuras en las que el cabello está dispuesto en hondas horizontales por todo el cráneo, que recuerda antiguos modelos griegos arcaicos (*Ruiz Bremón, 1989, p. 131 y 133*). Por último varias figuras se representan con peinados que recuerdan el estilo romano en una versión de provincias.

Sobre el momento preciso de la fundación del conjunto se estima que la fecha clara de inicio de uso del santuario estaría en torno a finales del V o inicios del siglo IV a. de C., y su máximo esplendor se situaría hacia la segunda mitad del siglo III y siglo II a. de C. (*Ruiz Bremón, 1989, p. 196*). La fecha final de uso ha quedado fijada, gracias a las excavaciones practicadas en los últimos tiempos, en torno al cambio de Era (*Chapa Brunet, 1984, p. 119*), aspecto éste que entra en contradicción con la opinión clásica que lo hacía perdurar hasta la época del Emperador Teodosio.

El último tema del que debemos tratar para comprender el complejo mundo religioso de los íberos es el que afecta a las necrópolis y la información derivada de ellas.